

La Situación Argentina

Las razones del golpe

- 11 -

El inevitable carácter contradictorio de un movimiento policlasista como el peronismo, y la natural ambivalencia política de su conducción que no hacía sino reflejar la heterogeneidad ideológica del mismo, se expresan de un modo casi alegórico en las ceremonias de transmisión del mando en mayo de 1973. La presencia de Dornicós y Allende, junto a William Rogers, ponían de manifiesto las encontradas expectativas internacionales que la reasunción del mando gubernamental por el peronismo electoralmente redimido, habían despertado.

Lo ocurrido después no hizo sino confirmar la condición esencialmente contradictoria de la empresa política que inauguraba. La composición personal y las primeras decisiones del peronismo en el gobierno ofrecieron sobrados motivos de esperanza y desaliento: tanto a los sectores sociales y políticos que lucharon al servicio de su retorno al poder, como a los que intentaron impedir que ello ocurriera. Los primeros podían apoyar su ingenio y generoso entusiasmo en medidas como el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba o la liberación de todos los presos políticos. Pero los segundos podían reconfortarse con la entrega de la conducción económica estatal al máximo personero de la empresa privada.

El desplazamiento de Cámpora bajo cuyo efímero gobierno delegado, se hizo más notoria que real la participación de la juventud progresista de ese movimiento, en esferas de actividades inocuas por extrañas a los centros decisivos de poder, marca el fin de una etapa caracterizada por el repliegue táctico de los factores de poder progresivos. La fugacidad de ese interregno que ofreció a los ojos de la pequeña burguesía radicalizada el espejismo de un poder revolucionario conquistado en las urnas, es indicativa de la inaplazable necesidad que los promotores de un peronismo de efectos contra-insurreccionales sintieron por establecer alguna coherencia entre el instrumento y los fines buscados.

Es a partir de entonces que se hace notorio un proceso indetenible de in-

volución política. Es desde entonces que comienza a percibirse, cada vez con mayor claridad, la creciente distancia que separa a la dirección superior peronista, de su base social de sustentación: El programa gubernamental del peronismo se situaba a la derecha del que fuera ejecutado diez y ocho años antes; pero las masas que lo llevaron al poder se habían desplazado a la izquierda.

La definición del giro reaccionario operado en la conducción del movimiento peronista, bajo la presidencia de su propio líder, provocó un lento realineamiento de las clases involucradas en ese proyecto utópico de una alianza que pretendía desdeñar el carácter antagónico de sus intereses, en acto de sacrificio común por una "Argentina Potencia" que debía surgir del afianzamiento de la dependencia. Como es natural, fueron las vanguardias políticas las que repararon con mayor prontitud en la naturaleza claudicante del proyecto político que comenzaba a desarrollarse. Consecuencia de esta percepción precoz, fue el éxodo de la juventud alistada en las filas del peronismo, al precio no sólo de su proscripción por el gobierno, sino al más alto de la incompreensión temporal por las masas peronistas, explicablemente rezagadas, tanto por lo retardado del efecto que la política económica del gobierno tendría en su ya depauperada situación, como por el lento esclarecimiento de su conciencia de clase, lastrada por no pocas adherencias ideológicas del nacional populismo.

Desde entonces, la situación ha cambiado sustancialmente. El proceso de diferenciación interna derivado del desenmascaramiento de una política objetivamente contraria al interés popular argentino, se acelera con el deceso de su conductor. Muerto Perón, desaparecido ese aglutinante emocional de un movimiento socialmente heterogéneo, la dispersión se agudiza y una nueva línea divisoria separa a los argentinos, incluidos los peronistas (remontando la vieja y artificial dicotomía "peronismo y antiperonismo"), entre los partidarios de un cambio revolucionario y aquellos que se oponen a él.

Las razones del golpe (III)

En las notas que precedieron a ésta, tercera y última, sobre el tema enunciado en el epígrafe, intentamos un esbozo de las causas mediatas de un golpe militar en la Argentina. Corresponde ahora referir aquellas de carácter inmediato, que al parecer, lo tornan poco menos que inminente.

Al término de dieciocho años de gobierno militar (los breves periodos de Frondizi, Guido e Illía, tolerados y desplazados sucesivamente por los militares, no desmienten la continuidad objetiva de las fuerzas armadas como factor del poder político), la clase dominante y, por tanto, la expresión institucional de su monopolio de la fuerza, las FA, comprendieron que les era del todo inconveniente prolongar un régimen que se inició desplazando a la conducción pequeño-burguesa de las masas alistadas en un "nacionalismo revolucionario" declinante, y terminaba enfrentado por la clase obrera y sus aliados, es verdad que desde la misma trinchera política, el peronismo, pero con una motivación ideológica que la propia acción del gobierno había contribuido a tornar confusamente radicalizada.

Tampoco les era posible ignorar que una gran parte de las capas medias de la población y aun de los sectores secundarios de la burguesía nativa habían sido reclutados en esta opción que, merced a su ambigüedad ideológica, a todos parecía ofrecer una perspectiva alentadora. Por supuesto que el gobierno norteamericano reparó, con igual o mejor perspicacia, en la ventaja política de ceder el gobierno para aplazar la revolución.

Así se explica que con excepción de los sectores más desvergonzadamente proimperialistas de la burguesía o más ciegamente emocionales de las fuerzas armadas (sectores que ensayaron tres grotescos y onerosos instrumentos electoralistas en torno de otros tantos ex ministros del régimen), todos, partidarios y adversarios del peronismo coincidieron en la inevitabilidad y, por tanto, en la conveniencia de su retorno electoral al gobierno. Así se comprende, también, que el mismo Perón terminara por admitir que los aspectos positivos de su lejano primer gobierno debían ser considerados como errores que estaba resuelto a enmendar, observación de la que derivaba, explícita y congruentemente, la conclusión de que sus enemigos de otro tiempo serían sus amigos de hoy.

La tarea de frenar el flujo popular, acelerado por la magnitud de la victoria electoral, requería, imprescindiblemente, el concurso manifiesto de Perón. El no se mostró renuente al empleo de su ascendente en la empresa de desmovilización política de las masas obreras. Por el contrario, en el intento de remontar la vigorosa corriente popular no sólo comprometió toda su autoridad gubernamental, sino que derrochó su capacidad política al ritmo demandado por la prisa que los factores de poder que admitieron su retorno condicionado sentían por arrancarle, antes de su previsible deceso, un testamento político que invocara para la consumación de su estrategia contrarrevolucionaria.

Así, la utilización del peronismo en el gobierno como instrumento de enervación del espíritu revolucionario de las masas no podía conducir sino al éxodo gradual de ellas y a la disgregación formal de ese mo-

vimiento. El vaciamiento social del peronismo que comenzó con el retiro de su juventud y continuó con el progresivo e incesante abandono de las bases obreras, ha dejado en el gobierno que se ejerce en su nombre nada más que una suerte de herencia familiar y burocrática de su fundador, carente de toda representatividad. Lo que en el peronismo se denomina eufemísticamente "la rama política" y que en verdad ya no es más que el conjunto de funcionarios públicos, está escindido entre los que presienten el próximo colapso del régimen y lo abandonan con mayor o menor prisa, y aquellos cuya posición antigua o reciente coincide con la índole reaccionaria del gobierno al que sirven sin el menor ánimo de sacrificio. Un proceso básicamente semejante se ha operado en la llamada "rama gremial", cuyos dirigentes lo son más bien en virtud de su vinculación con las formas residuales del peronismo oficialista, que en razón de su representatividad de clase.

La irrepresentatividad general del régimen lo inhabilita para el cumplimiento de la misión para la que fue creado. La viuda de Perón encabeza (es una manera de decirlo), la prolongación de un gobierno originalmente dispuesto a detener un proceso insurreccional que hoy es ostensiblemente alentado a causa de su irremediable ineficiencia. De ello, naturalmente, no debieran sorprenderse el imperialismo, la burguesía argentina y los mandos militares de ese país. Ninguno podía esperar razonablemente que un movimiento político popular puesto al servicio de una causa antiobrera pudiese preservar una popularidad sin mengua. Pero como la eficiencia política esperada está en relación directa con la influencia que el movimiento político en cuestión puede ejercer sobre las masas, el desmascaramiento de la naturaleza del proyecto no podía terminar sino en la inutilización de aquél.

Los que cedieron el gobierno en 1973 se aprestan a retomar el todo para llenar el vacío de poder que la disgregación del peronismo ha producido. Lo hacen, en cierto modo, con la complicidad del propio gobierno que les transfiere constantemente una parte de autoridad coercitiva proporcional a la autoridad política perdida por su transfugio. Hasta no hace mucho tiempo, la permanencia de la viuda de Perón en la titularidad del gobierno se asociaba con la defensa de la continuidad constitucional. Hoy ocurre lo contrario: su desplazamiento parece ser la única manera de preservar dicha continuidad. Así lo estiman tanto los que ven en ella el símbolo de un régimen que traicionó la causa popular argentina, como los que identifican en ella a un régimen incapaz de evitar que las masas trabajadoras asuman el liderazgo revolucionario de esta hora. La diferencia está en que los primeros demandan su alejamiento para sustituir la por un gobierno de transición que restablezca la infundada esperanza que las elecciones de 1973 despertaron. Los segundos, en cambio, buscan su alejamiento para reemplazar la ineficacia política de su gobierno en la operación contrainsurreccional, por la terrible eficiencia represiva que les es familiar. Lo que los detiene, y esto explica la demora del golpe, es que se resisten a hacerlo al precio de la renovada unidad popular que se daría frente a un gobierno militar que reproduzca las condiciones en que vivió el pueblo argentino bajo su larga dictadura militar.